

¡GRACIAS POR COMER! (ITADAKIMASU!)

Esteban Cabezas

ILUSTRACIONES DE **Dannaé Álvarez**

1 (ICHI)

Esta historia parte en la playa y con un gato. Uno bien intruso que está observando hacia el interior de un pequeño restaurante, una picada. Allí, ordenando las mesas y trapeando el piso, hay tres mujeres de distintas edades.

Una señora muy mayor, a la que nunca ha visto caminando. Otra de pelo corto, semi vieja, y la más joven, de pelo morado. Se ríen. Siempre se ríen, que recuerde.

A veces le dan comida y por eso pasa por allí, pero al felino —a veces, también— le parecen un poquito extrañas estas humanas. Bulliciosas.

«Todo sea por el pescado», se dice, antes de dar un salto al escuchar un grito. Y luego otros más.

«Ay, humanas. ¿Por qué no aprenderán a maullar, mejor?».

—¡Mamááááááá!

—¡Hijaaaaaaa, dimeeeee!

—¡No me griteeeeeees!

—¡Tú empezasteeeeeee!

—Oigan, el parcito, ¿por qué no se acercan entre ustedes y se hablan como gente civilizada? ¿Qué se creen? ¿Que están en uno de esos restaurantes gritones de la tele, ah?

—¡Oído, chef mamá!

—¡Oído, bueli! ¡Perdón, bueli chef! Jajaja.

—Si esto es una picada no más, par de lesas. Por suerte ya cerramos, porque si la gente nos ve y nos escucha va a creer que estamos todas locas, y son ustedes dos no más. Miren no más la cara del gato, sentado ahí afuera. Pero las está viendo a ustedes, porque yo soy más calladita y todavía no me falla la cabeza, jajaja. Y agradezcan que no me puedo parar de la silla de ruedas, porque las agarraría a escobazos, por bulliciosas y malcriadas.

—Perdón, abuela, pero ¿quién nos habrá criado?

—Siempre con la última palabra ¿no? Igualita a su madre.

—Y a su honorable bueli, que la educó así.

—Ya, basta de payaseo y hablemos de pega. ¿Qué tenemos para mañana?



—Hay erizos, ostiones, almejas y también hay merluza para freír. Y veremos qué otros pescados nos llegan para meterles cuchillo. Tengo algunas ideas, dependiendo de la pesca. Y que me hayan traído en buen estado los bichos, porque a veces llegan todos machucados. Pero ya los tengo bien entrenados a los del bote azul.

—Y ya, todo está limpio y los servilleteros llenos. Ahora prendamos la tele que va a empezar la final del concurso de chefs.

—Pero, bueli, los que concursan son puros giles que ni saben cocinar. Me sangran los ojos viéndolos tomar un chuchillo, en serio.

—Pero si es para pasar el rato no más, para reírse un poco. Además, tienen de jurado especial a ese japonés tan pesado. Aunque, ¿no se lo han preguntado?, ¿para qué subir a un avión a ese señor y hacerlo viajar miles de kilómetros para que diga puras cosas malas? Tremenda huella de carbono la del antipático ese.

—Mientras las pesadeces se las diga a esos «cocineros» chantas, que lo haga no más. Hay gente que no debiera entrar jamás a una cocina, porque...

—Ya. Calladita mi amor, que justo ya va a empezar la carnicería...

2 (NI)

—¡**B**ienvenidos todos ustedes, espectadores, al programa final final final de la más sangrienta competencia de cocina de la televisión actual!

—A menos que justo preparen un plato vegetariano ¿no? Jaja.

—Ahí correrían chorros de clorofila. Jaja. ¡Cuidado, ese brócoli está muerto! ¡Atención, esa lechuga no respira!

—¿Las lechugas respiran? ¿En serio, Nachito?

—Ay, Karencita mía...

Los dos conductores de «Guerra de chefs aficionados y famosos» no eran muy divertidos, pero aun así ganaban millones. Tal vez por eso se creían graciosos y se reían sin parar de sus fomedades, mientras los concursantes sufrían esperando la nueva prueba y sufrían escuchándolos a ellos mientras tanto, también.

En esta ocasión se trataba de los últimos finalistas que quedaban después de la descalificación de los otros noventa y siete participantes.

—Han sido largos programas en los que hemos comido tantísima basura en competencia, ¿no? —confesó sufriente Nachito Plop, uno de los anfitriones.

—Oh, sí. Hasta me salió un rollito por el costado. ¿Podré alegar que es una enfermedad laboral? —remató Karencita Pink, su acompañante.

—No soy abogado, niña. Solo soy un co-mu-ni-ca-dor.

—Ah, bueno, señor comunicador. Él poh, el comunicador. Yo comunico, tú comunicas, ellos comunican...

—Ya, ok, y te comunico que pasaremos a recordar a algunos de los jueces que han pasado por nuestro programa. ¿Cómo olvidar al genio de la cocina científica, Rolando, el magnífico creador de platos como su aire de algas bañado con luz lunar embotellada?

—Parecía un plato vacío, y hediondo a pantano, pero era genial. Por lo menos eso me dijeron...

—Y ¿cómo no recordar a Barroso, el rey de los menús de degustación?

—Yo me quedé dormida cuando llegó su plato veintitrés, eso sí. Parecía almuerzo de Barbie. Eran chiquititos chiquititos sus platitos, como esos imanes de refrigerador que imitan comida. Creo que todavía tenía hambre cuando me puse a roncar, ups.

—En fin, querida Karencita. Han pasado muchos candidatos y muchos jueces, hasta hoy. Porque ahora mismo, en vivo y en directo, es la final de las finales. Hemos llegado hasta el postre de esta larga comida.

—¡Qué poético que eres, Nachito!

—¿Cierto? Un verdadero Neruda pop. Y para esta ocasión contamos con el más duro de los críticos: con el terror de las cocinas, el hombre que nunca se satisface con nada. Alguien a quien nunca invitaría a mi casa, porque jamás podría dejarlo contento.

—Ay, ¿no me digas que es él?

—Síiiii. Nada menos que Takeshiiiiiiii.

—No sé decir si «es un honor» o «un horror», la verdad.

—Tiemblen, finalistas, tiemblen.

3 (SAN)

Alguna vez hubo un grupo musical que se llamaba «*Happy Mondays*».

O sea, «lunes felices».

Pero ese grupo ya no existe.

¿Será porque en la vida hay pocos lunes felices? Aunque justamente les contaremos de uno que sí lo fue.

Pero no al comienzo.

Era muy temprano aún.

En otra parte del mapa de esta historia, después de ese bullicioso concurso, los rayos del sol entraban

por entre las cortinas de una gigantesca (y muy cara) habitación de hotel.

Las cortinas eran doradas, los floreros gigantes y las flores, escogidas con cuidado para la ocasión, olían más que cualquiera de cualquier campo. Y si no era así, les echaban perfume extra.

Es que era un hotel realmente caro. La perfección misma.

Hasta el papel confort era de quíntuple hoja, hecho solo para el trasero de sus adinerados clientes.

Sentado al borde de su cama de lujo —con un plumón hecho con plumas de gansos antárticos, casi en extinción —se encontraba sentado Takeshi, uno de los máximos especialistas en cocina de todo el mundo. Sus ciento treinta kilos eran pura información corporal acumulada a través de los años, la que lo ayudaba a hacer sus demoledoras críticas de restaurantes.

Ustedes pensarán que estaba tremendamente feliz de estar en ese hotel, pero no.

Primero que nada, la luz del día lo estaba molestando. Se restregaba los ojos, como cabro chico, mientras pensaba qué iba a desayunar ese día.

Y eso lo hacía enojar mucho, pero mucho. Mucho.

Es que no le gustaba donde estaba, porque en las mañanas acostumbraban comer solo pan con té o café. No una verdadera comida, importante, como para comenzar bien el día: alguna sopa, un pescado asado, un tazón de arroz. No. Ahí ofrecían algo



llamado marraqueta con mantequilla. Uf. Y a veces un huevo revuelto, como gran cosa.

«Aburridos comedores de pan», pensaba Takeshi para sus adentros.

Y mientras cientos de escolares tomaban precisamente ese desayuno a esa misma hora, antes de partir a clases (en un lunes que era poco feliz para muchos de ellos. Peor aún, si les ponían una prueba sorpresa al llegar a sus colegios), este crítico profesional no soportaba estar de visita en un sitio con costumbres tan aburridas.

Aunque, pensándolo mejor, eso era lo único realmente negativo de este viaje para él, porque había ganado mucho dinero por estar ahí. Fueron miles de

dólares los que recibió por desplegar su sabiduría y también su crueldad. «Un verdadero suplicio oriental» habían escrito sobre él en un periódico, como juez invitado en el exitoso (y francamente ruidoso) programa de televisión del día anterior.

Un trabajo demasiado fácil, encontraba Takeshi, por la bajísima calidad de los concursantes.

Porque eran tan, pero tan malos, que su misión como jurado se redujo a rescatar lo menos peor.

La noche anterior los finalistas habían sido un influencer que había inventado un tarot para gatos —el Doctor Miau—, otra que se había hecho famosa por solo comer flores —Miss Rosa Clavel— y, finalmente, participaba un cantante de trap que se había hecho célebre con una pura canción: «Te amo, te adoro, te tiraría por el inodoro» —el resto de la letra tampoco era mejor.

Aunque al final quedaron solo dos en competencia, porque digamos que Miss Rosa se autodescalificó cuando hizo una ensalada con unas flores preciosas, pero algo venenosas. En especial una que resultó ser un poderoso purgante después de que la probó ella misma —antes de salir corriendo.

Apenas alcanzó a llegar al baño.

El plato igual le había quedado bello.

Todo un adorno. Incomible, pero muy fotografiable.

Y, además, mucho más bonito que los de sus competidores: un postre de chocolate dentro de un pequeño inodoro —ese fue el ingenioso «cantante»— y

una tortilla de atún servida dentro de una lata de... atún —demasiado *cat lover*.

Takeshi declaró desierto el primer premio —por primera vez en la historia del programa—, con un empate en el segundo lugar entre los otros dos restantes. Con esta decisión se ganó en las redes sociales el apodo de «samurái sanguinario» de la cocina, aunque, en verdad, antes ya le habían puesto otro nombre, pero no TAN público: el «Godzilla con bajón de hambre». Por lo pachoncito, lo bueno para comer y porque nada quedaba parado tras su paso.

Ya había memes y hasta poleras con su cara medio «godzillada».

El tema es que igual ser el villano era agotador. Y a Takeshi le dolían las muelas de tanto apretar la mandíbula mientras era jurado. Y a estas alturas, quería un desayuno como los de su país.

Era un muy mal lunes para él.

Estaba compadeciéndose de sí mismo, hasta que vio pasar una gaviota volando frente a su ventana.

—Es extraño que lleguen hasta acá, siendo que no hay mar en esta ciudad.

Y esta no fue una voz interior de Takeshi, sino la suave voz de su esposa Chieko, que en ese preciso instante salía del baño, envuelta en una toalla de algodón ultra orgánico ecológico. Cara, por supuesto, y mucho. La toalla. Ella, en cambio, no tenía precio.

Chieko significa «mujer sabia». Gran nombre.

—Y supongo que la presencia de ese noble pájaro ha perturbado tu alma, querido esposo. Porque extrañas la brisa marina y en especial desayunar un buen pescado.

Takeshi suspiró, porque así era siempre: como si ella estuviera leyendo su mente.

—Vamos a pedirle ayuda a la intérprete, para buscar algún puerto o caleta que no esté lejos de esta capital ¿te parece, querido esposo?

—Oh, sí, adorada esposa.

Y así ese lunes comenzó a verse menos nublado, tendiendo a despejar.

Al parecer. Tal vez. Veremos cómo avanza el clima.